

OCTAVIO SPÍNDOLA ZAGO* Y JOSÉ LUIS MORA DIONISIO*

Claroscuros de la historia, una entrevista a Will Fowler

Light and Dark in History: An Interview with Will Fowler

Resumen

El presente texto es resultado de la entrevista realizada a Will Fowler por los autores, en él se desarrolla la visión del historiador británico sobre la historia, sus alcances de la disciplina tras el giro lingüístico y las particularidades a considerar durante el estudio de la historia mexicana del siglo XIX.

Palabras clave: Will Fowler, Siglo XIX, Historia, Biografía

Abstract

The following text is the outcome of the authors' interview with Will Fowler. The interview captures the British Historian's view on history, the scope of the discipline, its methods and the insights needed for the study of XIX century Mexican history.

Key words: Will Fowler, XIX century, History, Biography

Fuentes Humanísticas > Año 30 > Número 57 > II Semestre > julio-diciembre 2018 > pp. 91-103.
Fecha de recepción 14/05/18 > Fecha de aceptación 19/11/18
ospindolazago@gmail.com

* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

El último cuarto de la pasada centuria experimentó el auge de los estudios hispanoamericanistas entre los historiadores británicos. La creación de cátedras, la fundación de centros de investigación, la promoción de becas y estancias, la dirección de tesis de posgrado especializadas en el área, fueron el campo académico en el que se cobijaron cuatro generaciones de brillantes historiadores interpelados ya no para contribuir a la pedagogía cívica sino a cuestionarse por las instancias de lo real en Latinoamérica como las formas y prácticas políticas, las redes empresariales y las estructuras económicas de la sociedad enfatizando la inestabilidad cambiaria y crediticia de soberanías acotadas y negociables, los procesos de construcción nacionales y los discursos identitarios de los países al sur del río Bravo.

La “escuela historiográfica británica latinoamericanista” revolucionó las ideas historiográficas al practicar un empirismo razonable y razonado más que propiamente teorizante, amplió las bases metodológicas con enfoques transnacionales y creó la base institucional para su difusión, gracias a la obra y el brío de Desmond Christopher Martin Platt, John Lynch y Michael Costeloe, continuado por John Elliot, Hugh Thomas, Brian Hamnett, David Brading, Alan Knight, Paul Garner, Guy Thomson y el propio Fowler (Morales y Spíndola, 2015). En todas sus obras, nos recuerdan, como lo hizo Friedrich Katz en *La guerra secreta en México*, que la historia de México y de la región latinoamericana no puede leerse endógenamente, pues nunca ha estado aislada de la geopolítica mundial, por ejemplo, del imperialismo francés, el expansionismo norteamericano o el imperialismo informal británico.

Profesor desde 1995 de la University of St. Andrews, en Escocia, Will Fowler nació y creció en la perla de la costa catalana española, Barcelona, a la que Pierre Vilar describió en su autobiografía intelectual, *Pensar históricamente: Reflexiones y recuerdos*, como una frontera dibujada por Estados pero que no termina de ser vivida por quienes la habitan, una liminalidad en la que experimenta en todo su ser la complejidad de los fenómenos de frontera y patria, según las palabras de Pierre Vilar, que marcaría sus intereses por la intersección; se haría patente en sus vibraciones personales por deconstruir la identidad y los dolorosos procesos de consolidación de regímenes, por mostrar su artificiosidad históricamente rastreadable, en esta entrevista expuestas.

Se trasladó a Gran Bretaña en 1985 para titularse en Drama y Español en la Universidad de Bristol, para, en un vuelco azaroso, doctorarse en la década de 1990 con la defensa de la tesis *José María Tornel y Mendivil. Mexican general/politician (1794-1853)*, un minucioso estudio biográfico a la manera de Hamnett y Garner, que, aproximándose a la carrera política del ministro de Guerra de Santa Anna, enfocaba la lente en un ángulo temático para abordar la historia política del México de la primera mitad del siglo XIX. Esta investigación fue dirigida por Michael Costeloe y contó con la guía de Josefina Zoraida Vázquez y de Anne Staples durante su estancia en México para sumergirse en los archivos nacionales, regionales y locales entre 1990 y 1991. Tempranamente, Fowler renunció al espontaneismo, la explicación nomológica y naturalista en el surgimiento histórico de los liderazgos políticos, y a continuar

“signos anunciatorios” de acontecimientos venidero; por el contrario, abandera la causa del estudio de las trayectorias vitales y los contextos situacionales en que cada persona se articula en la práctica social y el modo de ser de su época.

Su biografía sobre Santa Anna no deja lugar a dudas en cuanto a su imperativo teórico: lanzar a la luz los lados oscuros no es desmitificar, más que observar con morbosidad la historia a la manera del lucro de ciertos novelistas contemporáneos; para contribuir auténticamente a la deconstrucción de los mitos identitarios se precisa mostrar las circunstancias del hombre y sus relaciones con ellas, la construcción de su capital simbólico y social efectivo, los anhelos y frustraciones personales. La interrogación sobre el pasado a partir del presente tiene para Fowler un valor heurístico; la historia no puede ser ceñida a una compilación erudita, debe responder a las necesidades del tiempo que la crea.

Actualmente combina sus labores académicas, en la manufactura de su libro sobre la Guerra de Reforma, con sus responsabilidades de gestión, como Jefe de la Escuela de Lenguas Modernas. Cuenta entre sus obras con *Mexico in the Age of Proposals, 1821-1853* (1998), *Tornel and Santa Anna, The Writer and the Caudillo* (una versión revisada de su tesis doctoral que vio la luz en 2000), *Latin America since 1780* (texto de divulgación para uso escolar publicado en 2002 y reeditado en 2008 y en 2016) y *Santa Anna of Mexico* (aparecido en inglés en 2007, traducido por la Universidad Veracruzana en 2010 y por Editorial Critica en 2018). La arqueología de su historiografía revela la acuciente presteza por descentrar la monocromía de la conciencia histórica pre-

sente, buscar dar voz a los desterrados del panteón nacional, a los denostados por la historiografía oficial, de quienes era políticamente incorrecto ahondar: los conservadores, los centralistas, en fin, los que estuvieron en el otro bando y que ahora están recibiendo el derecho de réplica. Se trata de un ejercicio de exhumación motivada más por la comprensión auténticamente histórica que por un *leitmotiv* judicializador.

“Ya no los determinantes, sino sus efectos; ya no las acciones memorizadas ni aún conmemoradas, sino la huella de esas acciones y el juego de esas conmemoraciones”, escribía Pierre Nora, “no los acontecimientos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo, la destrucción y resurgimiento de sus significantes; no el pasado a la manera en la que sucedió, sino sus reutilizaciones permanentes” (Nora, 1993, p. 26). Fowler se distancia de la reducción del papel de la historia a una colección de hechos que afirma la pasividad del historiador frente al material documental, para apostar a una historia siempre revisionista, conjugando magistralmente este interés en la teoría historiográfica con su habilidad para relatar pasados, para narrar historias ricas y anecdóticas.

Lluviosa tarde de mayo en la ciudad angelopolitana, el frío de las calles poblanas contrasta con la calidez con que Will Fowler responde a nuestras preguntas y bromea con nosotros con la naturalidad de quien ha hecho de la docencia una vocación. En retrospectiva, nos parece que la elocuencia en la organización de argumentos y la reflexión de su trayectoria es reflejo de un historiador que ha alcanzado un grado de madurez envidiable en su capacidad para las pesquisas, el

análisis y la pluma ligera; de un historiador dotado de la experiencia suficiente, pero nunca terminada, para reflexionar sobre el significado y el alcance atribuibles a los contenidos e implicaciones de su obra, de su manera de pensar históricamente.

Octavio Spíndola Zago. A partir de la década de los ochenta, Hayden White irrumpió en la historiografía e hizo estallar sus cimientos en cientos de fragmentos al desdibujar los límites entre historia y literatura, extrapolando a la ciencia histórica los planteamientos de Wittgenstein sobre el lenguaje, en un desplazamiento epistemológico que Richard Rorty definió como "giro lingüístico". Este indisciplinamiento de la historia, parafraseando el juego de palabras de Mario Rufer y Frida Gorbach, deconstruyó las nociones de realidad, archivo y verdad propios del historicismo decimonónico y volvió conceptos de uso corriente representación, interpretación y referencialidad en la operación historiográfica, por retomar el término de Michel De Certeau. ¿En tu experiencia como profesor y como investigador con amplia trayectoria, cuál es tu posicionamiento en esta polémica?

Will Fowler. Es cierto que en la historia hay un elemento de artificio, hay una objetividad falsa; en la manera en que el "yo satánico", como diría Unamuno, desaparece, y uno se plantea como una voz pasiva, una visión científica. Pero finalmente, es una interpretación subjetiva que uno hace de una serie de eventos, y en lo que cabe hay una serie de estrategias, especialmente en una biografía, que

sí que *tiene un cierto parecido con la ficción. Hay estrategias narrativas, vamos, Hayden White tiene un punto.*¹

Pero yo sigo pensando que la historia trabaja con documentos y se limita la ficción en todo lo que uno puede, porque hay que ser honesto en nuestra representación de la historia y nuestra aproximación. A modo de ejemplo, yo podría suponer que Miramón estaba muy enfadado en una de las batallas que perdió, pero si yo no encuentro un documento que me diga que él estaba enfadado, yo no puedo poner eso. Un autor de ficción se puede permitir esa libertad. En este sentido, lo decía Vargas Llosa, hay novelas que se aproximan más a la realidad porque el novelista puede darse libertades. *Y sin embargo, como historiadores tenemos que limitarnos a interpretar el pasado con base en documentos.* En este sentido, en lo que cabe, uno estudia una serie de documentos y se beneficia con una serie de estudios analíticos con base en ese periodo, y así llega uno a conclusiones que se basan en una interpretación, yo diría, más verdadera que la verdad de la ficción.

Eso lo veo en el caso de Santa Anna, si tomamos como ejemplo a Enrique Serna, en el *Seducer de la Patria*, porque vamos que ahí inventa cosas, como la relación entre Santa Anna y su esposa Inés de la Paz, como si fuera ella una mujer que sufrió y que era una víctima de él. Pero los documentos nos revelan

¹ Cursivas añadidas para enfatizar en el texto, en esta y siguientes páginas.

una realidad distinta, que era muy independiente de él, cuidó sus relaciones personales como con Fanny Calderón de la Barca, quien llega a Manga de Clavo y era cuidada por Inés, fuma tan tranquila, le escribe una cartita cuando se va, esperando que se la haya pasado bien. No es la voz de una persona que sufría. Y Dolores Costa, de hecho, también tuvo mucha libertad, no le acompañó en todos los momentos de su exilio, se benefició económicamente de haberse casado con él, y al final de su vida, está ahí lo cuida e incluso pagaba a personas en la calle para que fueran a decirle lo mucho que la gente le quería; ese fue el detalle de una mujer que debe de haber sentido afecto por él.

Como historiador, me subleva que en un texto como el de Serna aparezca información contraria. No tengo problema que se lo invente porque es una novela, sino que la gente lea novelas pensando que eso es verdad. El problema con Santa Anna, y en la historia en general, es que lo que llega al público general, no a los académicos, es la ficción: son las películas, son las telenovelas, y con base en eso la gente se queda con la impresión de que eso es la realidad. Los historiadores concluimos que eso es absurdo, *pero lo que tenemos que hacer es encontrar maneras para salir de nuestra torre de marfil para asegurarnos de que nuestra visión científica sí que llegue a un público general*, para que la gente aprenda, para que así se eduque en el pasado, en la historia.

José Luis Mora Dionisio. El año de 1848, bautizado como la “Primavera de los pueblos”, marcó el devenir del siglo XIX. Aunque fue muy breve el movimiento que se dio en Europa, dejó como herencia el deseo de libertades políticas, la búsqueda de reivindicaciones sociales, la exaltación de la nacionalidad y no menos importante, Marx y Engels perfilaron los principios de la revolución proletaria con la publicación del *Manifiesto Comunista*. Por otra parte, México vivía uno de los momentos más difíciles de su joven historia. Entre los políticos había un ambiente de desilusión tras la derrota en la guerra contra Estados Unidos, no servía de consuelo los 15 millones que se recibieron por la mitad del territorio que se dio al vecino del norte. Si no era suficiente, el malestar de las comunidades indígenas provocó levantamientos en Yucatán y la Sierra Gorda. Como experto en este periodo ¿Cuáles serían las semejanzas o diferencias entre los acontecimientos que sucedieron en Europa y México en el mencionado año?

Will Fowler. Hay muchos parecidos. Hubo rechazo, tanto en Europa como en México, de legados. En el caso mexicano fue sobre lo colonial y en Europa hacia las monarquías absolutistas que, a pesar de las guerras napoleónicas y la Revolución francesa, de alguna manera habían continuado. Además, el liberalismo no había cundido como se esperaba.

Hay dos grandes diferencias. La primera es que la cuestión indígena en México no fue un factor en Europa. El otro elemento es el nacionalismo.

En Europa encontramos una vertiente que busca forjar nación y en México no hay un movimiento nacionalista. *Pero lo más impactante es como la revolución del 48 en ese momento asustó, obviamente inspiró, pero preocupó a ciertos sectores de México que conociendo los levantamientos de Yucatán y la Sierra Gorda, tenían el temor de que sucediera algo similar aquí.* Por ejemplo, Andrés Quintana Roo, un liberal destacado, hizo cosas absolutamente impensables para evitar un levantamiento indígena en su hacienda. Ante las noticias que estaban llegando de Europa cunde el pánico y esto sucede con muchos liberales moderados que se volverán conservadores en ese contexto.

Si me permites compartir una experiencia hace un par de meses estuve en un panel sobre mayo del 68, donde encontramos grandes parecidos entre 1848 y 1968. Son momentos en los que parece que habrá grandes cambios, pero hay un retroceso. Sin embargo, en ambos casos han quedado las ideas. Después de los acontecimientos de mayo de 1968 y la Primavera de los Pueblos en 1848, hay un retroceso hacia un conservadurismo muy duro, pero la gente no olvida esos sueños y anhelos, no será hasta décadas más tarde cuando se verán los resultados. En el caso del 68 hay gente que lo señala como el principio de un proceso de democratización, pero este ha sido un proceso muy largo.

Octavio Spíndola Zago. Desde el bicentenario de la Revolución Francesa en 1989 el ejercicio conmemorativo se ha convertido en lugar común y acu-

cioso motivo de reflexión para los historiadores sobre los usos del pasado, de lo que tanto François Furet como Enzo Traverso, Alan Knight y Erika Pani han escrito. Actualmente la historia es un campo frecuentado por numerosos sectores sociales, como los académicos, los políticos, las organizaciones civiles, los grupos subalternizados, lo mismo para legitimarse que para interpelar al poder en los procesos hegemónicos, para ratificar sus tradiciones o reinventar sus narrativas identitarias. Se multiplican los museos, las prácticas de patrimonialización, los archivos, los monumentos, las páginas digitales sobre el pasado o los estudios de la memoria y lo que en el mundo académico angloamericano denominan "Historical Consciousness" (que los historiadores de habla hispana, francesa y alemana llaman "Cultura Histórica"), en fin, la "Public History". ¿Cómo articula su trabajo como historiador con esta manera de pensar públicamente lo histórico?

Will Fowler. De cierta manera es responsabilidad del académico, un poco lo decíamos antes, salir de su torre de marfil y crear puentes para que el conocimiento llegue. Eso a veces puede hacerse utilizando eventos conmemorativos, lo que pasa es que es una espalda de doble filo porque la conmemoración, de cierta forma prologa ciertos mitos, pero, sí que es dentro de esa ventana que se puede cambiar la visión dominante organizando eventos, exposiciones, conferencias más divulgativas que para un público versado. De esa manera llegamos a la conciencia histórica

de ese país que es compartida por el público.

Es fundamental, pero a veces difícil, romper con ciertos mitos, porque después del hecho de que se haya conmemorado ciertos eventos de ciertas maneras por tantos años, termina interiorizándose narrativas de lo que sucedió. Permíteme un ejemplo: los nombres de las calles han sido los mismos durante más de 70 años y hay toda una serie de nombres que no figuran en un lugar. A mí me impactó, estando en Quito hace dos años, donde también tuvieron sus conflictos entre liberales y conservadores como aquí, descubrir que, sin embargo, tienen avenidas con nombres de conservadores y de liberales. Tienen, por ejemplo, una avenida que sería equivalente a Miramón, que se convierte en Benito Juárez, en términos ecuatorianos. Desde la perspectiva mexicana sería inadmisibles, ¡cómo! *Y sin embargo lo encontré muy saludable, porque son todas figuras importantes en la historia. Hay que romper con las dicotomías de buenos y malos, pero comprendiendo también que cada cultura tiene sus diferentes sitios de la memoria*, para recuperar a Pierre Nora. Creo que sí tenemos que intervenir, lo que pasa es que si es para crear nuevos sitios de memoria, estamos haciendo lo mismo que los de antes. Habría, como historiadores, que romper con esas dinámicas.

José Luis Mora Dionisio. En los primeros años del México independiente apareció una amplia gama de propuestas ideológicas, que motivó el debate y la búsqueda de soluciones a los nu-

merosos problemas que enfrentó la naciente clase política. Sin embargo, el vacío provocado por el fin de los lazos con la monarquía española fue ocupado por los militares, quienes contaban con los medios para imponer o remover un proyecto de gobierno. Pero el ejército casi nunca actuó solo. Como lo señaló Brian Hamnett: "las repetidas intervenciones militares ocurrían en un ambiente en que las cuestiones políticas fueron definidas por civiles" (Hamnett, 1987, p. 574). En este proceso convulso que vivió México ¿Cómo debemos analizar el papel político del ejército decimonónico?

Will Fowler. Es una pregunta que está por resolverse, porque nos falta un estudio del ejército mexicano para las primeras décadas del XIX. Es una tarea tan mayúscula que cuando intenté hacerlo, me distraje con otras investigaciones. Abordar esta investigación es complicado porque no estamos hablando de un ejército profesional. Por ejemplo, José María Tornel quien se hizo militar como insurgente, sin haber estado en un colegio militar, alcanzó el grado de general. Es como imaginar en la Revolución Cubana cuando un abogado como Castro se hace militar, se uniformó como uno de ellos, pero no era un militar.

Por eso es problemático pensar en el ejército de las primeras décadas, como lo hicieron algunos historiadores en la década de los 60 y 70, comparándolo con la Junta militar argentina o con Pinochet. *El intervencionismo militar de esas décadas (del siglo XIX), no tienen nada que ver con*

el intervencionismo militar de la década de 1970 en América Latina. En ese sentido debemos explorar como era el ejército mexicano identificando quienes eran profesionales, por ejemplo, Miramón fue cadete, pero muchos no.

Por otra parte, la cita de Brian Hamnett es correcta y esto lo vi cuando estudié los pronunciamientos. Incluso en los primeros pronunciamientos, aunque uno asume que son militares, rápidamente se puede percatar que tienen participación civil en ayuntamientos y en legislaturas. De hecho, para la década de 1830, cuando los pronunciamientos se popularizan, unas veces lo hacen militares y otras no.

Retomando a Michael Costeloe en *The Central Republic in Mexico 1836-1845*, tuvimos presidentes militares, sin embargo, la mayoría de los políticos que estaban en el congreso fueron civiles. *Hay que corregir la visión de que si los presidentes (del siglo XIX) eran militares, hubo una cultura militarista.* Tampoco defendieron un proyecto militar como los militares argentinos, chilenos o uruguayos de los 70's. *De hecho, buscaron un proyecto que era el de los federalistas, los centralistas, los yorkinos o los escoceses, pero no quisieron forjar una nación pretoriana.*

Todavía necesitamos investigar, entender las diferencias entre la Guardia Nacional y el ejército regular y, en fin, es complicado. Hay unos estudios que acaban de salir sobre el ejército en la época de Porfirio Díaz, pero para las primeras décadas de México todavía falta mucho.

Octavio Spíndola Zago. Más allá de nominalismos, me parece irrefutable que en el paradigma cultural que habitamos está atravesado por la posverdad y la efervescencia de movimientos neofascistas. ¿Consideras que tiene un imperativo ético el oficio del historiador? Es decir, ¿debe guiar su producción historiográfica la especificidad de su ser-en-el-mundo? Pienso en tu natal Reino Unido escindido por el Brexit, las tensiones diplomáticas con Rusia o los enfrentamientos sobre la crisis de refugiados y la guerra civil Siria; o en el México que estudias, hoy desgarrado socialmente y en franca crisis sus instituciones políticas.

Will Fowler. Creo que, evidentemente, hay una responsabilidad. Pero no se traduce en términos de escribir historias que acaben siendo tendenciosas para acabar creando una interpretación que refuta un auge de cierto neofascismo. De hecho, intentar entender la figura de Santa Anna o una como la de Miramón, no es reivindicar posturas que se podrían traducir como reaccionarias o asociadas con cierto movimiento actual. Se trata de entender el pasado de una manera justa y objetiva, dentro de lo que cabe, porque solo así, *aceptando los claroscuros de la historia, podemos romper con una visión bipolar que puede surgir con base en un cierto neofascismo actual* donde hay eso de buenos y malos de una manera simplista.

Intentar hacer entender a la gente que la vida es complicada es quizá la mejor manera de tomar una postura en ese caso; y educar, conse-

guir que nuestra investigación llegue, y que la gente aprenda del pasado, sin que eso necesariamente implique escoger temas que sean artificiales o tendenciosos. De todos modos es algo que ocurre subconscientemente. A mí me impactó trabajando los pronunciamientos y tener la Primavera Árabe. Yo no estaba trabajándolos por tener la Primavera Árabe, pero *obviamente debía haber un contexto que hace uno se preocupe, debe haber resonancias ahí*. Y ahora mi obsesión por la Guerra de la Reforma, me pregunto si tiene algo que ver con Siria, con una situación donde se está polarizando la opinión pública como es el caso del *Brexit*, de Cataluña, de Estados Unidos, donde la gente está llegando a posiciones que son incapaces de hablarse entre sí, donde se ha vuelto irracional y emotiva la situación, y donde el siguiente paso parecería ser la guerra civil, como ocurrió en la Guerra de Reforma. Yo no he trabajado la Guerra de Reforma porque me preocupe que haya una guerra civil ahora en México o Cataluña, pero por otro lado sí que uno no deja de ser consiente de los eventos que ocurren a su alrededor y eso de alguna manera influye en como se ve el pasado.

Pero, para volver al principio de la respuesta, tenemos que trabajar la historia por la historia en sí y no estar obsesionados con intentar hacer algo rápido por intentar resolver la situación ahora. Finalmente, no podemos entender las cosas que están ocurriendo hasta dentro de veinte años. Me divierte mucho que los politólogos van cambiando de parecer

cada año y tienen que publicar muy deprisa, de ahí que como historiadores hay que tener cuidado. Sí que estoy de acuerdo que debe haber una responsabilidad ética; hay que combatir los extremos a través de la educación.

José Luis Mora Dionisio. El conservadurismo fue durante mucho tiempo el tema políticamente incorrecto de la historiografía mexicana. Sin embargo, el trabajo de Alfonso Noriega *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano* (1972), el libro que coordinaste con Humberto Morales *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX 1810-1910* (1999), las obras coordinadas por Renée de la Torre, Marta Eugenia García Ugarte y Juan Manuel Ramírez Sáiz *Los rostros del conservadurismo mexicano* (2005) y Erika Pani *Conservadurismo y derechas en la historia de México* (2009), han ayudado a superar la visión simplista de los acontecimientos políticos de México durante el siglo XIX, como un enfrentamiento constante entre liberales y conservadores desde el final de la lucha de independencia.

Ha sido muy fructífera la empresa, que en años más recientes han surgido investigaciones que estudian el papel del conservadurismo en algunas regiones del país. Por ejemplo las obras de Benjamin T. Smith, *The Roots of Conservatism in Mexico: Catholicism, Society, and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962* (2012) y de Keith Aaron Van Oosterhout, *Popular Conservatism in México: Religion, Land, and Popular Politics in Nayarit and Querétaro, 1750-1873* (2014).

Como uno de los investigadores más versados sobre la materia ¿Cuáles son los vacíos que deben llenar las investigaciones que aborden el polémico tema del conservadurismo?

Will Fowler. La tesis de Van Ooesterhout es un primer paso para estudiar el conservadurismo popular el cual es un tema muy fértil e importante. Guy Thompson empezó un proyecto muy importante para entender que existía un liberalismo popular, específicamente en la Sierra poblana, porque se había dicho que los liberales eran de clase media y resulta que no fue así.

Tengo un trabajo que está próximo a salir donde veo de la misma manera que Peter Guardino hace una genealogía entre un federalismo popular en la década de los 20 y que eso acabará siendo un liberalismo popular, observo un centralismo popular en la década de los 1830 que acabará siendo un conservadurismo popular. Siguiendo el sentido del Plan de Cuernavaca de 1834, los pronunciamientos que inspiró por religión y fueros llegaron a ser más de 300, ¡algo que hasta ese momento no se había visto! Podemos decir que son los curas quienes inspiraron a la gente, pero he observado que en ciertas partes del país lo vieron como un ataque a la religión. *A pesar de que los liberales no fueron antirreligiosos y solo estaban intentando separar el Estado de la Iglesia, desde la perspectiva popular no lo vieron así. Para la gente, sus iglesias estaban siendo atacadas, les quitaron poder y dinero. Por eso hace falta estudiar el conservadurismo popular.*

Puedo ubicar en el contexto de la Guerra de Reforma, a los moderados como otra vertiente del conservadurismo. Regresemos a 1848, el gran pleito en Europa no fue entre liberales y conservadores, fue entre moderados y radicales, esa división es lo que permitió a los conservadores tomar revancha y en México fue lo mismo. Tenemos moderados que se están pasando de un lado a otro, Negrete por ejemplo. El caso de Echegaray que estando en Puebla hizo ¡una barbaridad en la manera que mandó a fusilar a gente en Jalapa porque Zuazua ordenó fusilamientos en Zacatecas!, después de esto dijo que dormiría tranquilo. Pero en diciembre de 1858 se arrepiente y dice: "hemos matado demasiada gente, esto es una sangría" e intenta volverse liberal, pero es rechazado. Trabajando con correspondencia de finales de 1860, observe que Degollado estaba debatiendo si permitían que Echegaray se les uniera. Estos son ejemplos, *no de la idea del cínico que cambia de bando, sino de gente que está en una situación difícil.* Sus tendencias son liberales, pero no les gusta la constitución del 57, no les gusta cierto radicalismo de ciertos sectores, se sienten más a gusto con los conservadores por cuestiones de clase. Pero no pueden estar totalmente del lado de los conservadores, como Leonardo Márquez quien defendía la religión de manera muy fervorosa. El conservadurismo de los moderados merece ser estudiado.

Aunque es cierto que ha habido estudios que trabajan el conservadu-

risimo lo que nos hace falta es superar la gran barrera de llevar esos hallazgos, volvemos a lo mismo, fuera de la torre de marfil a la calle. Pero no para reivindicar y decir: "los conservadores eran los buenos". Es simplemente entender el contexto, no juzgar, para explicar porque se llegó a una situación donde, a la mitad del siglo XIX, los mexicanos se mataron de una manera absolutamente horrenda y aun con la victoria de los liberales, el odio es tal que los conservadores irán a buscar el apoyo de una monarquía europea, aunque implique una intervención.

Incluso, Humberto Morales lo dice en su libro que está por salir, Miramón no está a gusto con la intervención francesa, tenía pleitos con Bazaine y el ejército francés. Él lo que quería era usar la Intervención para el proyecto conservador. En ese sentido, la cuestión es entender el conservadurismo y las lagunas que acabo de mencionar, pero sobre todo es encontrar la manera en que estos hallazgos que hemos hecho nosotros, que aceptamos y asumimos, lleguen a las escuelas.

A mí me impacta que nosotros en nuestro contexto actual no tenemos ningún problema en aceptar que las ideas son fluidas y que inesperadamente los partidos se puedan unir para que no gane un presidente. Pero cuando miramos hacia atrás esperamos que los políticos sean de una sola pieza: un liberal es un liberal y un conservador es un conservador. Sin embargo, nuestra realidad no es distinta de aquel entonces.

Los cambios son estratégicos, hay un contexto que explica porque uno es capaz de hacer eso o decir cosas que no cree para lo lograr algo que se quiere. Entender esto es extremadamente difícil. En el caso de Santa Anna, más allá de haberle y haberse atribuido el rol de anhelado árbitro y necesario gendarme, hay una evolución política porque sus experiencias y los fracasos constitucionales le llevan a ir cambiando de postura². En ciertos momentos se alía con ciertas figuras, por ejemplo, con Gómez Farías en 1846, por pragmatismo. A pesar de haber abandonado el federalismo, Santa Anna quería combatir en la guerra y por eso no tiene problema en dejarlo como presidente interino, ni con el decreto del 12 de enero que confiscaba los bienes de la Iglesia para financiar el ejército. Ya después con la "revuelta de los polkos" retira a Gómez Farías del cargo porque la situación se ha vuelto tan difícil. Estos son claroscuros que nos permiten entender el contexto Militar.

² No es posible comprender el papel desempeñado por Santa Anna en el acontecer histórico del México de la primera mitad del siglo XIX, si pasamos por alto la influencia de Veracruz, su región pivotal –la puerta del Golfo al país–, sustento económico indispensable para cualquier proyecto político; cuyo control le permitió forzar al gobierno nacional a atenderlo con cada levantamiento. Por otra parte, los estudios biográficos sobre Santa Anna han omitido su formación castrense, la experiencia en combate y la relación con otros militares, por ejemplo, con José María Tornel; espacio de experiencia primigenio que influyó en su perspectiva de la política y, por lo tanto, en su toma de decisiones. En ese sentido, se podría señalar que Santa Anna fue un militar-político y no un político-militar.

Tres comentarios que a nuestro parecer vertebran las articulaciones medulares en esta entrevista. Primero, Fowler está en sintonía con el fiel teórico de la balanza que en la operación historiográfica sitúan Ginzburg, Traverso, Dumoulin, Rousso y Noiriél: el motor de la historia hace ignición con la desmitificación de los metarrelatos nacionalistas, y con ello los trabajos del historiador aportan su cuanto al debate cívico y constituyen una necesidad; revelar lo oculto, evitar omisiones litigantes, develar los rasgos enmascarados y estigmatizar la equivocación. En este tanto, la ciencia histórica, más que tribunal de cuentas para reparaciones, se nos presenta como una “oportunidad terapéutica” con respecto al pasado, para despertar y reanimar “en el futuro esperanzas y proyectos valiosos que fracasaron debido a efectos no deseados de las acciones emprendidas con intención de realizarlos” (Vergara, 2011, p. 127) y coadyuvar a reconciliarnos con nuestros claroscuros.

Segundo. En Fowler, aparejado a la función autoral, en tanto autorreferencialidad social, y las formas de consumo de las creaciones del lenguaje, en cuanto representaciones de ausencias, el encuentro con el archivo y la elaboración de marcos hermenéuticos de los materiales encontrados vueltos en fuentes, huellas de un tiempo que se vuelve pretérito en el presente, evidencian, no sólo los principios heurísticos de una disciplina científica, sino la asimilación textual de un pasado

que emerge en el reconocimiento de su alteridad y que es reconfigurado narrativamente como tradición, en el sentido gadameriano. Dicho ejercicio cognitivo encarna la afirmación de la tremenda singularidad de cada pasado, al tiempo que, paradójicamente, los vínculos fantasmagóricos que lo atan a nuestro horizonte.

Finalmente, Fowler, lejos de desentenderse de la divulgación y desembarazarse de la comunicación social de la producción de conocimiento del historiador, las asume como partes constitutivas de la propia epistemología histórica. En sintonía con Plá (2012, pp. 163-184), deducimos de estas líneas que no es suficiente con enseñar contenidos históricos. Es imperativo enseñar a pensar históricamente con los conceptos y las habilidades básicas del método tales como el rastreo y confrontación de fuentes, la intertextualidad y situacionalidad de las mismas, la construcción argumentada de una narración. La familiarización con lo extraño y el extrañamiento con lo familiar, son claves en la formación de una cultura democrática que bebe de los usos públicos de la historia. Después de todo, es el recurso de los medios de comunicación y los espacios públicos donde podemos incidir en una visión que acepte los claroscuros de la historia, para así poder romper con visiones simplonas, bipolares, e introducir a la complejidad y las contradicciones de la experiencia histórica.

Bibliografía

- Morales Moreno, H. y Spíndola Zago O. (23-25 de octubre de 2015). British Historians on Mexican Issues: Politics, Economy and Society in the Long Run: 1821-1940. Ponencia presentada en *Mexico and the United Kingdom: Past and Present Perspectives. International Conference*. University of St Andrews.
- Nora, P. (1993). *Les lieux de mémoire*, Tomo III. Paris: Gallimard.

- Hamnett, B. (1987). Partidos políticos mexicanos e intervención militar, 1823-1855. Antonio Annino et al. (eds.), *América Latina, dallo stato coloniale allo stato nazione*, Tomo 1. Milán: Franco Angeli.
- Vergara, L. (2011). Criterios éticos para la valoración de los relatos históricos. Alfonso Mendiola y Luis Vergara (coord.), *Cátedra Edmundo O 'Gorman. Volumen I*. México: Universidad Iberoamericana, Universidad Nacional Autónoma de México.

